

EL HERALDO DEL ISTMO

—REVISTA ILUSTRADA—

Director: GUILLERMO ANDREVE.

“Bien faire et laisser dire.”

LAS GUITARRAS

En la curva noble y firme de los cuellos de los cisnes, encerrólas una maga de un país de ignoto origen, y las entregó al capricho de un beduino del desierto, un artífice que fue padre de una estirpe soñadora y vagabunda que, á la sombra de unas palmas, mancilló los cuerdas vírgenes, con las mil complicaciones de las bocas que acariciam y maldicen; un maestro brujo y fiero que indagaba tenazmente, por las grutas encantadas, con ardidés y conjuros muy exóticos, el anillo de una sílfide; un mendigo endemoniado que, una noche en los aduares, bajo el fresco oasis libre, acabó en pecaminosos desmanes inverosímiles.

Desde el fondo de un rincón abandonado donde las arañas tienden el cordaje de su urdimbre por los trastes, las guitarras ruegan, piden una mano que despierte las animulas sutiles en sus cajas hace tiempo adormitadas.....

y despiertan con sus voces multiformes, y nos dicen del flamante harem oculto donde se ungen las huries redondeces inauditas, donde sueñan los dervises.

poscídos por el opio sobre mórbidos cojines, en beber en una copa cíncelada por los gnomos en el cráneo de una tigre, sangre pura del ardiente corazón de los rubies, y nos cuentan del amor de los felibres, servidores del romance que buscaron á la muerte sobre un flanco del gran cisne; y nos cuentan de las justas y del justador que acogen en la arena, cien clarines estruendosos; y nos dicen de unos ojos, ojos húmedos cual las húmedas violetas, dos desesperados ojos tristes que chispean

tras la reja de un castillo, de pasión, cuando distinguen al hidalgo, que se anuncia con el resplandor del casco, tras la bruma de la linde. Punteando sus guitarras, ¡cómo vibran, cómo sienten, cómo fingen devaneos musulmanes, las gitanas; las palomas de la tribu, las terribles tentadoras de pupilas enlutadas por un crimen del sol bravo.....cómo vibran, cómo sienten, cómo fingen el poema del amor errante, errante!.....

temblorosas y febriles, en los finos dedos largos, contra el seno las oprimen cual si fuera la cabeza de un rey moro, las conjuran, las abrigan, las provocan, les transmiten la locura de la carne, toda el alma.....y la guitarra gime, ruge, rie, clama,

se retuerce, repercute con la frase de la Esfinge, con la trova del puñal y de la sangre, con el metro indefinible del galope de los nómades por el fondo coruscante del cansado erial sin límite? Las guitarras que endulzaron la vejez de los emires, en sus cajas exacordes, de la curva noble y firme de los cuellos de los cisnes, guardan fuego del espíritu beodo que animó la manzanilla; guardan ánimas difíciles del ajeno, del ajeno que despide, desde el fondo de los vasos, amenazas como el ojo de los lincees; un conturbador perfume de claveles y jazmines que estrujó una linda chula; pulsaciones de una experta, blanca mano irresistible; guardan besos y torturas, alegrías y tristezas que no existen.....

Las guitarras, las sonoras compañeras sensitivas de los típles, tienen alma y es el alma de aquel pájaro que vive en el formidable espíritu de los armoniosos tristes.

El hombre de los perros



EL hombre de los perros era cojo, era cargado de espaldas, tenía poca vista y no le sobraba la salud, cualidades todas para ser pobre.

En el mundo no tenía más que la ropa que llevaba puesta: una gorra peluda, de una piel que no se ha podido saber á qué animal había vestido en su vida; el traje de la estación, que todo el año era el mismo; un zurrón, en que llevaba la comida, el capital, la ropa, digamos blanca; las agujas para zurcirlo, los pedazos, los muebles y los instrumentos de trabajo; en las piernas, los calzones; y en los pies, las alpargatas... viejas.

La casa la tenía allí donde se le hacía de noche; la mesa, donde encontraba qué comer; su pueblo, en el que estaba; la patria, siempre más allá; los padres, en el cielo;

el refugio presente, en el hospital; el de mañana, en las *hermanitas*; y el pasado mañana en la sepultura.

Pero si no tenía ni salud, ni casa, ni dinero, ni esperanzas de tenerle, tenía dos cualidades, y había tenido una aspiración.

Las cualidades eran la paciencia y una dignidad de pobre más difícil de sostener que la dignidad de rico: con tantos méritos como tenía para pedir limosna, nunca la había pedido; y la aspiración era ser maestro, que con sus facultades de paciencia bien hubiera podido llegar á serlo. Pero por falta de medios, y por falta de discípulos, y por falta de Normal para que le normalizase la vida, este *raté* de la enseñanza, que habría sido un mártir más de la civilización española, no teniendo niños que domar se hizo maestro de perros.

El primer discípulo que tuvo fué de aguas. Fué de aguas, pero parecía vinatero. El día que lo encontró iba tan mal trazado, llevaba los cabellos tan mal cortados, el traje tan sucio, que de aguas podía ser de casta, pero no la había tocado hacía muchos meses.

Lo llamó, él meneó el rabo, le echó encima el zurrón-cómoda, y aunque estaba vacío, hicieron trato, se entendieron y empezaron los estudios.

Primero le lavó la cara con lejía, le pasó la lendera, le cortó el pelo del lomo y le dejó hecho un león; un león con bigote y con una pulsera en cada pata; después le enseñó buenos modales: estarse sin comer teniendo gana, no alternar sino con ciertos perros, seguir, no distraerse con las amigas, y no pararse en las esquinas en que hubiese bandos *prohibitorios*. Cuando ya tuvo urbanidad, le enseñó á sentarse; le hizo estar horas y horas sentado sobre las dos patas, pudiendo mover las dos manos, menear la cola, inclinar la cabeza, y todo lo que quisiese, menos levantarse, hasta la hora de comer, por supuesto la cuarta parte de lo que hubiera querido. Ya que supo sentarse, le hizo aprender á andar derecho en dos patas, y sin darle la mano, y sin pollera, y sin que lo acompañase niñera, sino solo y por su cuenta; y después del bachillerato con tantas asignaturas bien se había ganado un traje, y le hizo uno que era cosa buena y que pronto se convirtió en cosa sucia: sobretodo de percalina de lustre, pero con faroles en las cuatro patas y un agujero para el rabo; calcetas con goma como los niños de *pagés*; una chaquetilla descotada por delante, y gorra con visera *rucha* y pluma, y todo lo que tienen las gorras, y muchas cosas que no tienen... Y cuando le tuvo enseñado, y sabio, y acostumbrado á no pedir la comida con prisas; alza aquí, salta allá, y baila, que ya eres un animal instruído.

El de aguas trajo un amigo que era algo podenco, alegre y escandaloso. Tenía un hocico como un embudo, un costillar magnífico y una delgadez perfecta; tenía tanta hambre como el otro y tan poca comida como el otro; y como era muy largo de patas, y no le pesaban las carnes, le dedicó á saltar aros... Que tienes gana? Salta. Que no tienes ga-

El á pasar por debajo y á hacer guiños á los que le miraban. ¿Que el de aguas andaba derecho? Pues el torcido y riéndose á lo socarrón. ¿Que uno bailaba? El á esconderse en una espuerta y á no moverse aunque le dijese levántate, emperado en no trabajar. ¿Que el otro hacía el vivo? El el muerto: tirado en el suelo,

bien difunto, pero moviendo las orejas, para que vieses los paletos que sabía hacer el tonto, y pasarles después la bandeja, y dar gracias por cinco céntimos, y dar la pata por diez, y dar la vida... por un duro, si hubiese habido duros en los pueblos.

Eso, que parecía tan difícil y tan complicado de aprender, que hasta lo habría sido para muchos de los espectadores que habían de encontrar por el mundo, para aquella bestezuela fué tan sencillo que el hombre no gastó ni la cuarta parte de la paciencia. Era tan atento Palomo, tan estudioso, escuchaba tanto al catedrático, que cuando daba lección, hasta sus compañeros se le quedaban mirando, admirados de tener un compañero tan sabio y aprobaban con el hocico. Apenas el maestro le decía «le-



SANTIAGO RUSIÑOL.

EXCELSO PINTOR Y POETA CATALÁN

nas de saltar? Salta, podenco, que hay un charco. Que tienes pena? Salta, con pena ó con alegría, que al otro lado del aro están las esperanzas de comer alguna friolera, y él necesitaba alimentarse para mantener aquella delgadez.

Con este personal á punto, sólo faltaba un gracioso para completar la compañía, y al tal gracioso le encontró como se encuentran los graciosos: triste, debajo de los arcos de una plaza, y tomando el sol con sautacalma.

Era un perro que casi no era perro: tenía aires de persona, pero de persona aventurera. Era blanco, de un blanco sucio de polvo: era pequeñino, patizambo, tierno de ojos; tenía una mancha en la nariz, dos en los ojos, como si llevase gafas azules, un pedacito de rabo despeluznado, aire de pocas pretensiones y cierta tristeza en la mirada que animaría mucho para hacer reír. Así es que cuando el domador le vió tan quieto y tan manso, tan desengañado de la vida, tan ridículo, y meneando tan bien la cola, contestando á lo que le decían... le llamó en seguida, le explicó de que se trataba, le puso *Palomo* de apellido, se le llevó á clase, y venga enseñarle á estar de broma.

La broma era llevar peluca y trabajar haciendo el tonto. ¿Que el podenco saltaba

«léntate», ya estaba él dentro del cesto: apenas le decía «muérete», ya estaba en la agonia; apenas no le hacía hacer alguna gracia ya estaban los tres medio muertos de risa, porque sólo con mirar divertía. Aquel animalejo cojo era la confianza de la casa, era el porvenir de la compañía, el que había hecho más carrera. Con el saber que tenía se podía ir á cualquier pueblo. Así es que viéndose el buen domador con el personal completo, se mudó de alpargatas, reunió á los tres discípulos, les dió unas sopas de ajo y andando á seguir las carreras y á ganar el pan... para la familia.

Por el camino todo era alegría. El maestro andaba cojeando, y los discípulos parecía que iban de vacaciones ó que era jueves por la tarde. Ya podía haber polvo; el de aguas seguía sin parecer perro de aguas; parecía un perro de polvo, por el modo de revolcarse y correr, y dar volteretas, empolvándose todo el bigote como un perro Luis XIV. Ya podía haber montones de grava; el podenco los saltaba todos abusando de sus facultades y no escatimando las patas como los tenores escatiman la voz. Si pasaba algún afilador le ladraban por costumbre; si veían algún otro perro, aunque fuese analfabeto, le saludaban, le olían, y le decían dos palabras de cortesía al oído, y si no encontraban ninguno se iban á dar guerra á Palomo, que como era de broma, iba siempre metido entre las piernas de su amo, hasta que

cuando encontraban una sombra hacían eusayo general, se vestían y hacían la entrada en algún pueblo,

¡Allí, venga el ir á la plaza, hacer corro y aquí estamos, que para eso hemos venido, señores! Empezaba la función el de aguas: el gran baile con el sobretodo y la camiseta, y la pluma cayéndole sobre los ojos, que era lo que más le estorbaba; después el saltar del podenco; después las bromas del payaso. Eso de bailar en dos patas, muchos paletos lo encontraban muy natural; ellos no eran sabios y también lo sabían hacer. Lo de saltar aún más: si no habían visto podencos saltando arcos y tonterías, los habían visto saltar barrancos para ir á comer un hueso de chuleta; pero eso de que un animal hiciera comedias, cuando ellos no servían ni para drama, no les cabía en la barretina. Reían, se daban trompazos, procuraban distraer á Palomo haciéndole cosquillas en el rabo; pero Palomo no era perro que se dejase distraer ni con cosquillas ni con animaladas. Se sentía superior á la concurrencia que le rodeaba, tenía su vanidad de bohemio, y, haciendo el muerto ó haciendo el vivo, sólo perdía la paciencia cuando algún perro ignorante se acercaba al redondel para gastar conversación tonta: del trastazo que les daba iban á parar á los espectadores, que le reían todos los chistes: el del cesto, el del levántate, el del aro y el de la pereza, todos menos el de la bandeja: eso de que pasase dando saltitos y les pidiese limosna no era propio de un animal tan persona. Así es que cuando veían el platillo, los hombres cambiaban de sitio, el hombre de los perros de humor, y la compañía de pueblo. De aquél á otro y del otro al de más allá, y del azul del fondo al nebuloso del último término, no se puede andar más terreno del que anduvieron aquellos artistas y aquél maestro equivocado que con la pierna que tenía útil tenía que llevarse la otra. Habían probado todos los pajaros, habían pasado por delante de todas las ventas de carreteras; reconocían todos los plátanos y los bancos y las monotonías de las arcadas de los pueblecillos; pero, unidos maestros y discípulos, aquellos fueron tiempos felices: tiempos de libertad y de gloria, de polvo blanco y de jornadas rosas, de ráfagas de aire libre y de ir esperando: allá á lo lejos, lo que no encontraban al lado.

Fueron tiempos que como la juventud, la alegría y la ventura, duran unas cuantas puestas de sol: los tiempos de subir á la montaña para rodar del otro lado; una pobre primavera con vistas al otoño. La unión y la armonía no suelen durar en la tierra. Los perros, aunque no sean personas, también son desagradecidos, y tampoco se acuerdan del maestro. La unión de las familias dura poco cuando entra en ellas la miseria, y aquella familia ambulante había de ser como las otras: desprenderse y rodar como las hojas de aquellos caminos por donde andaban.

El primer disgusto lo dió aquel podenco mala cabeza. Por unos amores corrompidos, una mañana de primavera, sin quitarse el traje, sin decir adiós á los compañeros y sin despedirse del maestro, huyó con una perdiguera á poner casa por su cuenta. Bien hizo moverse á aquella pierna el buen maestro para atrapar los fugitivos; bien de voces dió por los pueblos; pero ya podía desgañitarse llamándolos. ¡Si sólo saltaba quince pies, figúrense ustedes los que saltaría con *llu!* ¡Hasta al extranjero debieron llegar: una luna de miel al trote; unos amores á campo traviesa; días y días de bohemia por aquellas llanuras inmensas! Después de esta desgracia vino otra. Al de aguas, un día, allá en la ciudad, le cogieron con lazo; del lazo al carretón y del carretón al depósito; como no llevaba el traje y como no dijo que era sabio, le mataron con los del montón, como á un perro cualquiera. La ciencia ahogó al arte, como sucede tantas veces. Después tuvo más discípulos, y gastó más paciencia para volverlos á enseñar, y ellos más mala voluntad para volver á escaparse: después sintió que iba envejeciendo; después se fué volviendo más cojo, y más triste y más amargado; y, no encontrando lecciones ni discípulos, por último, él y

Palomo se encontraron abandonados en medio de la carretera.

La tristeza que sintió aquél buen hombre al encontrarse sin familia y andando por el mundo con sólo el amigo por compañía, sólo la puede sospechar el que ha padecido mal de añoranza en una llanura sin árboles y sin nubes. Caminando triste le parecía que los pueblos estaban más lejos, parecía la tierra más áspera y los hombres peor encarados. El sol, en lugar de ponerse, parecía que se apagase, allá en el fondo de los caminos. El frío de la soledad le helaba, y el caminar sin esperanza le hacía doblar las rodillas, y muy amenuado se sentaba sin gana de seguir adelante, acariando al animalito, que se colocaba á sus pies como en la tumba de un pobre.

Palomo, el pobre Palomo, bien hubiera querido consolarle, pero no había aprendido

Tardes viejas

PARA MORENO ALBA,
POETA DE MIS SIMPATÍAS.

Ayer te ví, cual siempre, deslumbrante
bajo el negro sayal de las congojas....
ha pasado el Dolor por tu semblante
como pasa el Invierno por las hojas.

Tus frescas maravillas iban llenas
de dolorosa y cruel melancolía,
bajo la falda, negra cual mis penas,
sobre la faz, tan bella como el día.

Y al ver, sobre tu toca de profesora,
la esquiva aristocracia de tu mano,
—profesora de gracia y de ternura—
sentí el sollozo trémulo de un piano....

Y retornaron, en bandada loca,
aquellas tardes claras y tranquilas
en que bebí esperanzas de tu boca,
en que apuraba amor de tus pupilas.

La tarde luminosa de Verano
en que tus labios, crueles é indiscretos,
me dieron el dolor de tus secretos
para llamarme sin piedad: hermano.

Era un paisaje soñoliento!.....
Grave,

iba la Luna así como una nave
por el piélago azul del firmamento.
Sobre el Poniente que vistió de gala
se perfilaba un señorial castillo
donde tal vez alguna fina escala
burló al gozne imprudente del pasillo.
Flotaba en todo un angustioso anhelo:
á veces, por un claro de la fronda,
alguna estrella de cabeza blanca
desgranaba su risa desde el cielo....

Y tú, bajo los pliegues del kimono
que acusaba tu mórbida belleza,
estabas admirable en tu abandono,
con tu frivolidad de japonesa.

Todo callaba en torno!.....

La montaña
iba quedando silenciosa y quieta;
la Luna te rodeaba de un contorno
de verde claridad, y toda extraña,
surgiste ante mis ojos de poeta
con tu frente, magnífica y serena,
con tu risa enigmática y felina,
con tu pupila azul de Magdalena,
con tu boca sensual de Mesalina...

Y al verte toda trémula, intranquila,
con incoherencias raras cual de loca,
te besaba con ansias mi pupila
mientras callaba tímida mi boca.

Bajo la arcada rumorosa, umbría,
avanzaste con pasos de cobarde....
A lo lejos, la Luna parecía
celebrar la derrota de la Tarde.

Del sendero llegaste al verde flanco
y en la penumbra de la tarde estiva
vi el aletear de tu pañuelo blanco
como un pájaro amigo que se iba.....

Pero ay, Duquesa de las manos finas!....
en cada tarde que se apaga, pierdo
un poco de tus risas argentinas
y un poco de mi plácido recuerdo.

Por eso, al ver tu morbilidad de griega,
lloré el amor aquel del pecho mío
que se perdió volando en el vacío
como si fuera una paloma ciega.

1906.

RICARDO MIRO.

más que á hacer gracias; bien hubiera querido ganarle la vida, pero no sabía ganarla más que en broma; bien quería á su maestro, y no lo quería de broma. Cuando le venía suspirar, se metía debajo del cesto, y desde allí se ponía á mirarle con aquellos ojos húmedos que tenía, y, como no sabía cómo distraerle, le lamía las manos; si le veía triste, se hacía el cojo; si lloraba, se hacía el muerto, y muerto y todo meneaba el rabo, como diciéndole:—No te asustes, que yo no te abandonaré nunca;—pero como de bromas no se vive, todo el ingenio que tenía y todas las habilidades que hacía no le sirvieron más que para una cosa: para dejar de ganarse el pan y pedirle de puerta en puerta con el platillo en la boca.

A veces venía con un compañero, como diciendo:—Acaso éste te servirá. Pruébale. ¡Quién sabe!—Y el amo le probaba sin fe, sin ganas de enseñar, ni el discípulo ganas de aprender. A veces, si no le daban pan hacía lo que nunca había hecho: ladrar á los que no le daban; algunas veces, cuando veía que su amo no podía andar más, que se cansaba, que se iba quedando ciego, se sentaba á sus pies y lloraba ¡el pobre Palomo! pero no gruñendo á modo de perro, sino cayéndosele unas lágrimas más sentidas y más tristes que muchas que derraman los hombres.

Una tarde ó una mañana, que para el que no ve da lo mismo, el maestro se quedó ciego del todo. La última puesta del sol descendió en su vida, sin esperanzas de amanecer. Las ventanas del paisaje de la luz y de la armonía se le cerraron para siempre jamás; y pobre, desamparado, no sólo sin ver el camino, sino sin saber adonde ir, se hizo llevar á un asilo.

Hizo que le llevaran á un asilo, pero no había pensado en que no hay asilo para los perros; no había pensado en que tenía que dejar en la puerta á Palomo; y cuando estuvo en la puerta, abrazado al perrillo y cayéndole las lágrimas de la sombra: No te dejaré,—le dijo.—Vámonos los dos solos. Llévame adonde quieras, Palomo.—Y Palomo, como si lo entendiese, poniéndose delante, ladró como si dijese:—Atame una cuerda que, aunque sea de broma, ya conozco las carreteras por lo mucho que las he andado, y te guiaré de pueblo en pueblo.

Y el amo, con su compañero, volvió á caminar por aquellas carreteras blancas, que se habían vuelto negras; las fué siguiendo á tientas, y las encontró mucho más largas, y hermosas, sombrías como un camino de tinieblas, y volvió á oír el tintinear de los yunques y el llorar de todas las campanas, y no volvió á ver un rayo de sol, ni un rastro de oro sobre el camino, ni el mecerse de las espigas, ni el azulear de la llanura; y aquel cordel que llevaba en la mano era el único nervio sensible que le ponía en comunicación con la tierra.

Un día el cordel se detuvo, y él sintió como un escalofrío.

—¿Qué tienes, Palomo? ¿Por qué te paras?
Y Palomo ladró un poco, como queriendo decir: «No tengas miedo», y siguió andando.

—Te vas haciendo viejo, Palomo—le dijo.
Y el perro le lamio la mano.

—Descansemos, si quieres, que no me importa llegar tarde. Ya sabes que para mí siempre es de noche.

Y el animalito no respondió; pero se echó á andar mas deprisa para quitarle toda sospecha, y volvió á pararse de repente.

—¡Palomo!—exclamó.—¡Anda, Palomo!
Y Palomo no respondió.

—¡Ven aquí!—¡No hagas el muerto!
Y no se movía.

—¡Levántate!

Y no se levantaba.

Y, sobrecogido el pobre maestro por un sudor de agonía, alargó la mano en derredor, y, á pesar de tener la mano helada, tocó una cosa aún más fría.

Palomo... se había muerto sin decir nada, sin quejarse, sin querer despertar al amo y el amo al encontrar muerto á su amigo, solo, solo, en medio de la carretera, fué cuando se encontró ciego.

SANTIAGO RUSIÑOL.

SARA AGUILAR



ES altamente satisfactorio para EL HERALDO DEL ISTMO publicar el fotograbado de la muy bella señorita Sara Aguilar, hija del notable jurista centro-americano doctor don Francisco Aguilar Barquero.

Sarita, como la dicen cariñosamente, es una de las más gentiles y graciosas josefinas; y decir una de las más graciosas y gentiles de aquel país donde lucen sus dones María Aragón, la sugestiva que privilegiaron los dioses; María Teresa y Celia Montealegre, sueños de todos los sueños; Marta Granados, marfilina torre de los hechizos todos; Rosalía Rodó, soberana de las bizarrías, y Elena Fernández, la triunfadora rubia margravesa que acaso abandonara su palacio del Rhin, no es una simple lionja.

Sarita es primorosamente bella. En Costa Rica, donde se refina el gusto por la belleza femenina, donde naturaleza mimó el linaje, es la señorita Aguilar la siempre admirada. La salve de los corazones va para ella, y es así como el himno amoroso de sus triunfos....

Nosotros que llevamos la túnica y el báculo, que somos peregrinos del ensueño y que vamos sin rumbo por la vida, levantamos algún tiempo la tienda en el suelo costarricense y allí nuestras canciones dijeron de las privilegiadas de Apolo y de la Manca.

Rinde nuestra pluma, una vez más, los homenajes de su simpatía y de su admiración á las inolvidables y divinas costarriqueñas, en la persona de la señorita Aguilar, cuyo retrato viste de alba una página del vocero intelectual de la República istmeña.

E. CARRASQUILLA MALLARINO.

Cinematógrafo Campestre

I

EXCURSION MATINAL

PARA O. MIRÓ QUESADA.

Trasnochador incorregible, Stelio, se recogió temprano. Durmió bien; y á las cinco siente la necesidad de abandonar el lecho. Se levanta. Reflexiona en las prescripciones higiénicas sobre gimnasia; recuerda su bicicleta flamante, y, con el traje de rigor, previa las abluciones cotidianas, se lanza por la ciudad, llena aún de penumbras, y de sugerencias...

De sugerencias, porque piensa—él, coltero de larga fecha—en las alcobas muy tibias, donde tanto cuerpo delicioso perfuma y encanta tan sólo á las cosas sin alma, sin sangre, sin nervios. Y le parece oír el ritmo de los pechos vírgenes, bajo el lino insensible de las sábanas. Quizá en esos momentos hay en ellos sueños melancólicos. Acaso muchas de esas camitas blancas conozcan las nostalgias de los reposos solitarios. ... Stelio es un sensitivo, y el buen sueño de la noche puebla su despertar de imágenes plásticas. El ejercicio, sin duda, le será benéfico.

En el ambiente hay un suave estío; experimentase el deseo del aire libre y del espectáculo de la naturaleza en su despertar luminoso. Stelio, en la marcha rauda de su bicicleta, atraviesa las calles centrales, cuyas casas tienen todavía el aspecto, sin expresión precisa, de la vida del letargo. Al llegar al "Paseo Cílon" le acoge envolviéndole en un exquisito beso impalpable, el aroma de las flores y el frufrú de los árboles, en cuyas ramas se despeza la brisa. El alba se anuncia con lentos despertares de lo creado. El cielo ostenta, vívidas, sus constelaciones; y Stelio se dirige á la Magdalena, saboreando el aire henchido de efluvios to-

nificantes. Así desfila veloz por entre las praderas del camino. El rocío de la noche da á los campos un olor fuerte y sano, de juventud pletórica, apta á todas las fecundaciones. A ratos interrumpen el rumor tenue de la palpitación del mundo infinitamente pequeño, sonoras clarinadas equinas, mugidos graves de vacas, latidos de perros, alborozos cantantes de gallos....

Stelio pedalea bien: su máquina se bebe la distancia y pronto se encuentra á la entrada de la antigua Magdalena. Pasa, y llega á la nueva. El sueño gravita todavía sobre hoteles y «ranchos». Se dirige al casino; el descanso se le impone, y poco después, desde el balcón-terraza del edificio, escucha el acento bronco del mar, siempre convulso en aquel sitio, fustigado por el aleteo aquilino del viento.

Los astros se apagan ya en la transparencia impoluta del éter. En torno impera la soledad y el escenario marítimo se ofrece á los ojos hermoso y magnífico. La sombra se desvanece rápida. Una delicada floración de luz blanca, muy vaga aun, dibuja largas líneas pálidas sobre la temblorosa superficie. A distancia de la playa el agua es mansa. Ante el esclarecimiento de los horizontes, el océano se dilata. Su enorme pupila oscura, cansada de reflejar las armonías estelares, parece contraerse, como para copiar con precisión las manchas de luz diurna, cuya energía expansiva se agiganta por momentos, hasta encender en el oriente un abismo de claridad rósea. Y la llanura oceánica aparece á la vista constelada de barcas pescadoras. En tanto, una nube, de candidez láctea, se tiñe con matices nacáreos, y viaja solitaria por el cielo, en caprichosas transformaciones arquitectónicas.

El alba se extingue en el triunfo soberano del oro y del rosa. Las barcas pescadoras, con el velamen estremecido por las rachas, se alejan, destacándose airosas en la gloria creciente del día. El oído adivina cantos y gritos rientes cruzados de nave á nave. Hay allí contento, con la esperanza del vespertino retorno al hogar iluminado por cariños sin ambiciones, por honradas alegrías... De repente, un fulgor más intenso se tiende sobre el mar. El sol surge detrás de los montes escuetos, grande y rojizo. Se eleva en una suntuosa erupción de amarillos ardientes, incendiadores del cielo y el agua. Millares de corpúsculos cristalinos voltean en la atmósfera, y en cada ola hierven chisporroteos ofuscantes. Las velas de las barcas disminuyen, cerca ya del horizonte. Son primero, una sombra blanca; después un punto, y al fin se pierden en el infinito celeste...

Stelio regresa. Ante el soberbio cuadro marino se ha sentido poeta, y en el cerebro le danzan, radiantemente, imágenes distintas á las de su despertar: imágenes aladas, donde el verso concierta todos sus ritmos, en la vida inmaterial de la idea... Y como respondiendo á su secreto anhelo de espiritualizaciones de la realidad circundante, la naturaleza le proporciona la vista de un raro, bello fenómeno. Tras el techo de un chalet próximo, brota una columna como de humo purpúreo. Se extiende luego, y es una nube. Después languidece su color gradualmente y se torna blanca. Stelio gira los ojos en derredor; no es ya una nube, sino la irrupción de muchas, subiles y densas. El sol recalentó las humedades del suelo, y convirtiéndolas en vapor, las levanta, para disolverlas y dispararlas en el vuelo de la brisa. Las casas, los árboles, todo desaparece; y á diez pasos la densidad nivea del ambiente no permite distinguir nada. El sol, visible, no resplandece: dijérase el ojo turbio de un dios senil.....

La bicicleta marcha con precaución, entre aquella rara niebla de verano, sonando incessantemente la campanilla. Está ya á la salida de la antigua Magdalena, cuando á sus avisos, ressonde el de otra muy cerca. Y como en aquel momento los vapores se aclaran, en un espacio libre, donde cae copioso el fuego solar, Stelio mira, á poca distancia, á una mujer, casi una niña, pedaleando hábilmente su máquina, en cuyo niquelado se diamantizan los rayos del astro. Stelio alcanza á la ciclista: marcha paralelo á ella; la examina. Es encantadora: perfil helénico. Aprisionados por la gorra, sus cabellos pugnan por desbordarse, en una inundación oscura, sobre el albor marmóreo de la frente. Mira, y su mirada es una caricia. En sus mejillas hay como disoluciones de rosas rojas. Su talle, la curva de la cadera, las piernas hasta las rodillas, son de la más pura estatuaría.... Stelio observa todo eso; y en su mente hay de nuevo resurgimientos plásticos, mezclados á atávicos instintos del hombre primitivo, anuladores del reciente artista. Y para evitar aquella contemplación perturbadora, deja atrás, en el camino solitario, á la joven sola—¿inglesa? ¿norteamericana?—y devora los kilómetros, extraño y á la hermosura del paisaje campestre. Minutos más tarde, en el primer café abierto.... aún no son las siete... pide melancólicamente: «mozo, un refresco!» Y mientras apura una limonada á grandes sorbos, la silueta de la ciclista le sonríe en el recuerdo con dulce ironía....

II

EN CHORRILLOS.

Canta el estío sus triunfales aleyuas de luz. La ciudad se despuebla, y los balnearios florecen, en la invasión creciente de veraneantes, donde la mujer joven despliega toda la victoria de sus encantos y el niño desgrana todas sus sonoras alegrías. Y en esta atmósfera, ya casi siempre diáfana como un crisol, y cuyo azul de turquesa sólo á ratos aparece manchado por la blancura espumosa de nubes viajeras, los claros de luz tienen un esplendor inefable. Bien es entonces para el contemplador pensativo abandonar la plaza y demás sitios de Chorrillos, llenos de ebullición humana,

y descendiendo por la explanada, desde el balcón de la casita de los baños, asociar el espíritu á la magestad circundante.

Únicamente allí, en la absoluta soledad, es donde se siente toda la magnificencia de la naturaleza, ante las dos inmensidades del cielo y del mar. En el estremecimiento luminoso de las constelaciones, en la bravía nerviosidad del oleaje hay una sensación nueva, un pensamiento fuerte, una voluntad imponderable, cual esta misma vida infinita y gloriosa, cuyo soplo creador talla una gema ardiente en cada astro y una curva femenina en cada ola. Y esto habla al sentimiento, honda, intensamente. Se entornan los ojos, y el ensueño abre sus alas vagabundas. Cada frase del océano es como un versículo bíblico, profetizando bajo las miradas de Dios. El oleaje sinfoniza un maravilloso poema musical, y en lo alto, la armonía de los astros entona himnos de resplandores, en otro océano flú lo sobre el cual viaja la nave solitaria de la luna. Un copo de nubes, teñido de plata, es un rizo blanco, llevado hacia el occidente por el tenue hábito de labios invisibles. Cerca, rasga el silencio el vuelo sonante de una ave marina: dijérase una fugitiva condensación de tinieblas. Lejos, entre los arrecifes—donde las algas despeinan sus dolientes cabelleras y los mariscos abren sus estuches de nácar—surge el rumor de las pequeñas olas, al tejer en las rocas las blondas bizantinas de sus espumas. Más lejos, la isla de San Lorenzo, incierta bajo la gasa lunar, sobre extensos amontonamientos de celajes, semeja un cíclope reposando en lecho de armíño. En el oriente, las formas sin forma de la sombra nadan en suaves iridiscencias de matices. Con intervalos muy vagos, en el vuelo de la brisa, llegan los ritmos de una orquesta, y esos ritmos suenan á veces como las escalas cromáticas de risas infantiles. Quizá por esto, el pensamiento retrocede algunas horas; la decoración actual se transforma, y la mente evoca un paisaje distinto.

en el comienzo de la tarde, toda llena del gozo del sol.....

Un centenar de niños, seguidos por las ayas, de las institutrices ó de las mamás, juega en la playa inmediata á los baños, donde los grandes—hombres y mujeres—reciben el masaje clásico de la onda. El aire salobre pone coloraciones de aurora en las mejillas de los pequeños. Hay grupos independientes, ya próximos á la adolescencia, con aspectos galantes de jóvenes y señoritas. Otros, en la primera edad, embrionaria aún la fuerza de los músculos, miran á los mayores desde el regazo materno. Y todos dan una nota angelical, y por tanto sencilla, junto á los sitios donde imperan las lujosas complicaciones del vestir y las enigmáticas del pensar de la muchedumbre adulta... Corren, saltan; construyen castillos de arena, deshechos luego por las rachas marinas, como constituirán más tarde castillos de quimeras, destruídos después por la vida. Sus risas, sus voces, sus juegos, repercuten en el oleaje, para perderse con el viento en confines lejanos, donde las hadas madrinas los recojen y transforman en muñecas rubias, de móviles ojos azules, y polichinelas contorsionistas, de jorobas increíbles.

Algunos mezclados á los núbiles, se bañan. Están alborotadores en el agua, uniendo sus cristalinos clamores al poderoso del océano. Y el océano, el gran terrible, como si adorara aquellos cuerpos frágiles, aquellas almitas tan impregnadas aún de cielo, parece humanizarse; los envuelve en húmeda caricia, y les deja retomar con su melena de espuma, cual un león afable... El cuadro, deliciosamente hermoso, produce al evocarle impresiones melancólicas. Esas constelaciones de cabecitas negras, bronceas, rubias, con el cabello recortado ó con los rizos flotantes reflejadores del sol, van y vienen en el recuerdo; se juntan, se confunden se dispersan, siempre bulliciosas, rientes, y des-

piertan el pasado distante, la infancia feliz.— Se es niño, ágil, alegre; se está inconsciente de las asechanzas de la existencia—tan llena de traiciones!—y ráfagas de cariños benditos del hogar noble y tranquilo, acuden, refrescando el alma con su infinita ternura. A su influjo surgen sentimientos buenos, aún no maculados por los egoísmos; y el espectáculo de ese mundo infantil, de ese mundo sin preocupaciones, sin tristezas, sin fiebres pasionales, sin desalientos congelantes, revivido en esta hora de serena meditación, llena el pensamiento de benevolencias íntimas.....

El plenilunio asciende al cenit. La noche avanza; el viento pliega sus alas con deseos de sueño: la ola apenas rumorea. En el azul, cada vez más lumíneo, hay como una vaporoso derretimiento de nieve... Súbito, la sensación de algo indenfible, obliga á descender la vista á la playa. En el extremo, entre las rocas, cerca de la curva conductora á Playa Ancha, se advierte á una pareja, dos recién casados tal vez. A la distancia se destacan netos, sobre el fondo de la costa. El sitio también está desierto; nada les turba su aislamiento... Caminan despacio, alejándose sobre la arena, donde el mar tiende sus orlas de espuma. Y quizá, tan sólo por aprensión de la fantasía visionaria, quizá por exacta clarividencia, se ve á la pareja estrecharse en un abrazo, y el oído adivina la melodía de un beso, dilatado, victorioso, ante el prestigio de la noche, frente al océano, de cuyas aguas se eleva una como marcha nupcial, mientras en el horizonte aparece un astro diamantino, y permanece allí fijo cual un sello puesto á lo invisible, como para eternizar, sobre los dolores de la tierra, una suprema, divina ventura: la juventud y el amor....

DARÍO HERRERA.

1906.

UN PASEO POR EL MAPA

(UNA PESADILLA)

PARA EL «HERALDO DEL ISTMO».

Me quedé dormido y, comencé á soñar! Y soñé que Norteamérica se apoderaba de todo el americano continente, poblándolo todo, *civilitándolo* todo, explotándolo todo; el territorio, los habitantes, las almas!

Portugal, la débil, cándida y fanfarrona nación lusitana, caía en poder de su *protectora* Inglaterra.

El oro depositado en la Tesorería General, en Washington, y las libras esterlinas acaparadas por el Banco de Londres desempeñaban un importante papel en la historia de la expansión y de la conquista.

La "Triple Alianza" se apoderaba de Dinamarca, Holanda, Suecia, Noruega, Hungría, Servia, Rumania, Bulgaria y Grecia, al mismo tiempo que Rusia se desmembraba, convirtiéndose en una serie de provincias independientes, regidas por las formas políticas más exaltadas. El trono de los Czares había desaparecido para siempre. Petersburgo y Moscow habían quedado reducidas á escombros. La manada de siervos degradados y embrutecidos que gemían bajo el látigo del Czar, habían reaccionado.

Inglaterra llamaba con la boca de sus cañones á las puertas de la China, Persia y la India, paseando su poderosa flota por el Pacífico y anexándose por el brutal derecho de la fuerza Nueva Guinea, casi todo el oceánico archipiélago y gran parte de la costa de Africa.

El Japon no era ya un pueblo de juglares y de acróbatas. Potencia de primer orden, la corte de Tokio, europeizada por completo, con poderoso ejército y respetable escuadra, permanecía en expectación defensiva, sepultada aparentemente en su humilde *rincon del Asia*, pero esperando propicia oportunidad para entregarse á la conquista.

España se digregaba á impulsos de sus tendencias autonómico-parroquiales, y, después

de haber pretendido ser República, había caído en manos de un socialismo impracticable, anti-científico, utópico. Cada provincia se había convertido en un estado independiente, y había socialistas catalanes, euskaros, castellanos y gallegos, mixtificando la pureza de la idea y provincializando la tendencia universal.

Pío X había muerto de pesadumbre al ver el rumbo poco cristiano que tomaban los católicos, y la Iglesia Católica se había quedado sin cabeza visible, siendo el Vaticano refugio de concupiscencias, de ambiciones y de orgías.

La humanidad comenzaba á retroceder á sus tiempos primitivos, á sus edades más brutales.

Las matemáticas y la química habían llegado á su más amplio desarrollo.

No había sino guerreros y mercaderes!

Todo el mundo sabía resolver una ecuación de cualquier grado y nadie dejaba de ha-

Invernal

Un pedazo de luna, que no brilla sino con timidez. Canta un marino, y su triste canción, tosca y sencilla, tartamudea con sabor de vino....

El mar, que el biceps de la playa humilla, tiene sinuosidades de felino, y se deja caer sobre la orilla con la cadencia de un alejandrino.

Pienso en tí, pienso que te quiero mucho porque me encuentro triste, porque escucho la esquila del pequeño campanario

que se queja con un sollozo de invierno, mientras los sapos cantan el invierno con una letra del abecedario....

LUIS C. LOPEZ.

cer blanco con una arma de fuego, á larga distancia.

El hogar, lo más sagrado que de humano tenemos, había desaparecido y no tenía más valor moral que el frío agujero donde se guarrecen las víboras ó la cueva donde pasa la noche la loba acompañada de sus lobeznos.

La familia, el mundo de los afectos se había trocado en una razón social; los patronímicos en cifras y signos!

Los Estados Unidos del Norte, mientras tanto, llegaban á su más grande poderío material.

La Estatua de la Libertad, el poderoso faro que antes servía de ornato á la bahía de Nueva York, se había agigantado hasta convertirse en colosal montaña que se perdía entre las nubes y alumbraba con sus poderosos rayos todo el Continente, desde las glaciales regiones que forman los helados mares del Norte, hasta el Cabo de Hornos. Pero la luz intensa y vibrante que antes anunciaba á los marinos la proximidad de las costas norte-americanas no existía en la cúspide del faro-montaña: veíase en su lugar, alumbrando al universo, un inmenso signo; signo de redención de aquella época menguada; los terribles CEROS GRANDES y NEGROS, separados diagonalmente por una LÍNEA GRANDE y NEGRA.

Era el símbolo de redención de aquella época, la cruz de aquella generación, el TANTO POR CIENTO fatídico, por el cual habían vendido su honra y su independencia las familias, las naciones, los continentes, la humanidad.....

Qué pesadilla más atroz!
Cuando desperté estaba fatigado como si regresara de un largo y penoso viaje.

DIOCLECIANO RAMOS Y GARCIA.

UN LIBRO

LIBRO de blandas y sutiles sensaciones: Tiene mucho de finura parisiense y un lógico tanto de sentimentalismo tropical.

Troyo, en este librito, dice al cenáculo de la intelectualidad—y lo prueba—que es artista de fondo; mal que pese á la bandada mediocre y ponzoñosa de su país.

Carece la forma lingüística de impecabilidad: hay embadurnamientos que dejan adivinar tropezos de pincel, pero la discreción domina. Se nota en algunas oraciones uno como tropel de aprisco; en que se agrupan los epítetos en nudos de cadena; pero la espontaneidad, casi siempre, discurre con pausa.

Estas dolencias en la prosa *Troyana*, tendrán su panacea con el estudio de buenos autores.

Es de lamentar que la alta nota de *Poemas del Alma* sea la melancolía, por supuesto que no la ramplona.

En estos nuestros tiempos de penoso vivir, el arte se ve obligado no á sustituir la Plañidera, sino á constituirse en calmante, cantando la vida, cantando las auroras, la sangre hervorosa... los paisajes primaverales! y no porque sea pobre de belleza y buen sabor la nostalgia: la música de Wagner subyuga... pero acobarda.

Necesitamos músicos valientes, escritores que toquen ¡Á la Carga!

Los númenes del arte moderno deben ser como la mayoría de los antiguos; levantadores de ánimo en la gran liza. Los vencedores no

lo serían, si la espada del caudillo hubiera de jado de brillar en la vanguardia, con lujo de coraje.

Y los literatos son caudillos!

Rafael Angel con el librito en cuestión, se hace acreedor al plauso de los suyos; recorre con suavísimas cadencias el divino pentagrama del sentimiento, pero es "muy triste..."; Ah, quisiera haber sido yo ese presidiario para sentir tan honda nostalgia!"

Nó, buen amigo Rafael! No se deje llevar de la tristeza como inspiradora, ó por lo menos, no deje ver la *musa* flaca y tísica y neurótica. Luzca usted sus cantos de vida, y no sea de los rendidos á los ojos de los hombres!...

Usted posee buena dosis de talento; tiene la juventud como fuerza, y á no dudarlo, vigoroso el espíritu como guía á la gloria con que soñamos los nómades del idealismo.

Venga á nuestros adueros en buena hora, como heraldo de triunfo, la blonda *Musa* de los fuertes; esa virgen de senos pletóricos y planta inmovible.

El cariño franco por todo lo aristocrático y bello nos ha llevado á desenvolver nuestra opinión sobre *Poemas*, como una bandera de aliento, roja y divina, que habrá de seguir usted con otros tantos jóvenes de cerebro robusto y luminoso.

...Y en un arranque de estimación por su talento revelado en el nuevo libro, enviármole nuestros parabienes fraternos.

E. CARRASQUILLA MALLARINO.

KARINA

(BALADA)

Aquella tarde el gran rey la decía:
—Oye, si eres mía tendrás mi silla
De montar de oro y mi caballo gris.
Un palacio de excelsa maravilla
Donde cual reina te verás feliz.
—No quiero corcel, palacio ni tu oro,
Prefiero más mi honor que tu tesoro.
Karina respondía.

Y el gran rey la decía:
Oye, con mi corona inmarcesible,
La mitad de mi imperio te daré,
Nada á tu anhelo le será imposible
Siendo yo el paje que estará á tus pies.
—Dálo á tu esposa, ¿quiero yo grandeza?
Prefiero más mi honor que la vileza.
Karina respondía.

Pues, oye: si no atiendes á mis males
tú, Karina, te verás
En tonel erizado de puñales
Que á golpes mis esclavos rodarán.
—Si lo haces, mi Madre Inmaculada,
No me tendrá por débil ni culpada.

Vinieron los esclavos,
Y Karina valerosa fue puesta en el tonel.
En tanto que del cielo bajaron dos palomas...
Y que luego fueron tres:
Y vióse al mismo tiempo
Dos cuervos del infierno que al dirigirse al rey
Lo arrebataron hoscas, se lo llevaron lejos.....
Y que luego fueron tres.

SIMÓN RIVAS.

UN RECUERDO

—... **Y** bien. ¿Acudiste á la cita?
—Sí. Descalza, y bajo las estrellas, en la media noche, llegué al sitio aquel que más umbrosamente sombrean los granados del jardín. Allí me esperaba *El*, sentado en un escaño vecino á la fuente. Me tomó las manos, que tenía temblorosas como mi corazón, y luego de besarme en los cabellos, me dijo, paso, sobre la frente:

«Tontuela!»

Recibí el adjetivo con amor y sumisa, como si la virtud de aquel nombre me hiciese débil y protegible como una flor. *El* me dijo, insinuante y suavemente, oprimiéndome más en las manos:

«¿Qué paso venías por la calleja! Me pareciste una visión amiga, blanca y cuasi transparente en el claro de luna!... Sabrás: yo soy muy raro, y como tal, hubiera deseado que los instantes en que te acercabas se hubiesen detenido, perennes, contrarios al tiempo: sólo para mirarte á tí—sombra, encantada á lo lejos, impalpable y fabulosa bajo el claro de luna, ante los ojos, siempre ante los ojos, como una soñación de esperanza...»

»Te acercaste, y el encanto se ha desvanecido.»

Y agregó:

«Te tengo entre los brazos: puedo besar te—me estreché y me besó—; pero siento que algo ha huído de tí hace unos instantes, nada más, con tu sombra que, ahora, bajo la umbría, ya no proyecta la luna en la vía de plata que forma por la calleja de granados. Tú y yo éramos otros en esos instantes: tú, en la visión que yo tuviera de tí; yo, en mi cuasi mística contemplación de vidente.»

Dijo después, indicando el lugar por donde yo pisara:

«En la tierra húmeda sólo han quedado las huellas: alguien ha huído.»

No le entendí. Su voz era dulce para mis oídos; dulce por ser casi idéntica á su voz de

siempre, pero no por ciertos dejos, que al presente recuerdo extraños como las frases.

—Yo tampoco entiendo. Eso me parece tan raro! Y en fin?...»

Credo

Tras la desolación de mi ateísmo vino una creencia redentora: creo en el irreprochable paganismo de un seno que acaricia mi deseo: en un talle nervioso que se quiebra maravillosamente soberano, con la ductilidad de una culebra, bajo del sortilegio de mi mano: en unas manos que ciñeron rosas á mi esperanza fugitiva, breves manos pálidas, manos bondadosas para la unción de las caricias leves: en el prestigio turbador de un flanco, y en el beso fantástico de una virgen que supo de mi sueño blanco bajo el diáfano hechizo de la luna.....

*

Si á lo Merode su tocado aliña,
mi diosa es una evocación pagana
que en su glorioso amanecer de niña
mostrara un vago atardecer de anciana.

Albor piadoso de nupcial estola,
mansedumbres ingenuas de cordero....
Es una como dalia que se inmola
en el borde de un mágico florero.

En su adorable beatitud extraña
donde el aroma mundanal persiste,
es la inmovilidad de su pestaña
la enunciación del pensamiento triste.

Mi Polimnia—serena pesimista—
á la interrogación de mi deseo
para que diera su opinión de artista
sobre mi dios, ruborizó la vista
y avergonzada respondióme:—«Creo.

—Luego de un instante de silencio, parece que sintió el peso de mi cabeza que, de há rato y de sienas, descansaba en su hombro: porque me ciñó el talle con los brazos, y me besó, no ya en la frente: me besó los labios.

—Te amo! le murmuré.

Y buscó mi mejilla la suya.

Se redimió: tuvo *aquellas* caricias: las de la primera cita.

(*Ella* siguió, como hablándole á su recuerdo:
;Turo aquel mismo beso que amara mis labios!)

—Y...? curioseó la íntima.

—Y cuando con mis brazos me apreté mucho á él.—narró *Ella*.—se deshizo de mi abrazo, muy suavemente, como con piedad. Y entonces, sólo su mano estrechó una de las mías.

—Ah....

—«La tierra es húmeda.—dijo *El*, y prosiguió, casi decorando:—y tus pies, desnudos, estarán fríos....»

Su voz temblaba. ;Algo me dijo que luchaba contra un deseo, sollozando en lo íntimo!

Entonces sí le entendía!

—Sí! afirmó la amiga.

—Se puso de pié.—siguió *Ella*.—me acarició los cabellos; de nuevo posó sus labios en mi frente.

—«Adiós! amada» me dijo.

Y se alejó por la avenida de granados, noble, y pálido como la noche pálida.

Nunca más le he vuelto á ver.

Y *Ella* agregó, con dolor y deseo:

—;Ah! Si entonces alguien le hubiera dicho...

—Eh? dijo la íntima.

—Nada... nada...

La amiga la interrogó otra vez con el rostro.

Y *Ella* palideció vivamente.

M. MORENO ALBA.

LEOPOLDO DE LA ROSA.

La Ley del Ritmo

(Continuación)

II



ESTO no quiere decir que en castellano no existan pies métricos ni que sus combinaciones puras no produzcan versos rítmicos y musicales; lo contrario ha sido cumplidamente demostrado por el español don Eduardo Benot, el boliviano don Luís Quintín Vila y el chileno don Eduardo de la Barra, conquistadores los últimos del país descubierto por el venezolano don Andrés Bello; los trabajos de estos cuatro maestros marcan los límites avanzados de la ciencia, siendo los del académico Benot los más valiosos que pueda encontrarse.

Los pies métricos en nuestra versificación, resultarían formados por dos ó tres sílabas, acentuada una é inacentuadas las otras. Se ha reducido su número á cinco y se las ha denominado así:

Troqueo, compuesto de dos sílabas: sólo la primera acentuada.

Yambo, dos sílabas: sólo acentuada la segunda.

Dáctilo, tres sílabas: sólo acentuada la primera.

Anfibraco, tres sílabas: sólo acentuada la segunda.

Anapesto, tres sílabas: sólo acentuada la tercera.

¿Puede decirse con ésto que está explicado el ritmo del verso? No con mayor acierto que si se dijera que está descubierto el principio vital porque la anatomía y la fisiología enseñan que la falta de ciertos órganos torna imposible la vida de determinados seres y la concurrencia de tales otros la sostiene.

Lo único que se ha hecho es desarticular la frase melodiosa, para examinar aisladamente sus componentes y asentar la doctrina de que unas combinaciones de disílabos y trisílabos son harmónicas y otras inharmónicas y que la serie de versos sigue la misma ley. Contra esta doctrina han protestado implícitamente los innovadores, la mayor parte de los cuales—casi todos—ignorán ciertamente en que consiste su propia rebelión, porque no conocen bien las teorías que tratan de destruir ó de desvirtuar con sus obras, lo que no impide que sean muy felices en algunos casos y muy dignos de estudio en todos, si la naturaleza los ha dotado de aptitud suficiente para distinguir la música de ciertos períodos, y si esa aptitud ha sido desarrollada y afirmada por la práctica, con la composición y la lectura.

Y basta para comprobar que no son indispensables los principios para el perfeccionamiento del arte, el hecho solo de que los poetas de lengua castellana desconozcan la verdadera ley del ritmo y hasta la hayan considerado idéntica á la que presidía la versificación greco-latina—lo que es peor que la ignorancia, porque es el error—no obstante lo cual la versificación se ha enriquecido lentamente durante el curso de los siglos.

Pero la utilidad es cosa secundaria y no nos detendremos en ella, como no sea para examinar el ritmo producido por la metodización del empleo de los pies métricos, resultado práctico de tan profundos estudios. (1)

El verso para ser perfecto, requiere tan solo la acentuación intensa en dos, tres ó cuatro de sus sílabas que ya estén acentuadas prosódicamente; la distribución conveniente de las pausas; el empleo de palabras de sonido agradable; la ausencia de acentos inoportunos y de las tituladas licencias métricas y el alejamiento de sílabas iguales ó semejantes, salvo en determi-

nados casos. Examinando un verso que reúna estas condiciones, se encuentra casi siempre—siempre, dicen algunos maestros—que está formado por troqueos, yambos, dáctilos, anfibracos y anapestos, solos ó mezclados. Si la combinación del primer verso es pura y se conserva invariablemente en todo el poema ó, por lo menos, en toda la estrofa ó estancia, se habrá aplicado el sistema de la versificación por pies métricos. De un pie métrico se puede pasar á otro análogo.

la energía, la música ó la onomatopeya de la combinación.

La cadencia especial que resulta de la situación de los acentos en un número determinado de palabras, es un fenómeno que no ha tenido explicación plausible—sobre todo cuando se recuerda que el compás es innecesario dentro de un verso—pero con explicación ó sin explicación, no puede negarse; como tampoco puede negarse que el número de oídos que no la distinguen es inmensamente superior al de los



NUEVO LOCAL DE "A LA VILLE DE PARIS".—UNA VISTA INTERIOR

Este ingenioso artificio tiene el defecto de la monotonía que resulta de la acompasada caída del acento en períodos muy pequeños. Ciertos himnos y otras poesías destinadas al canto, rara vez gratas en la lectura, confirman esta opinión. No obstante, se ha conseguido darle variedad y hasta una música agradable y llena de atractivo, mediante la feliz distribución de las pausas—para lo cual se ha hecho caso omiso de la regularidad en la medida silábica—el empleo oportuno del hiato y la sinalefa; algunos desvíos, muy mesurados, del ritmo, y, por último, el uso arbitrario de la rima, que ofrece su refuerzo musical á la estrofa en períodos desiguales. Así se ha ennoblecido á los odiosos decasílabos anapésticos y á los eneasílabos anfibráquicos, y es ésta una conquista de los innovadores modernísimos que han perfeccionado el nuevo sistema suprimiendo su inflexibilidad.

Antes de que se hubiera lanzado la idea de sistematizar así la versificación, algunas estrofas castellanas presentaban todas las condiciones que requiere el sistema. Sus autores se habían guiado simplemente por el oído, que no puede engañarse, por lo ménos en el compás, cuando es el de un mediano rimador. En esto, como en todo lo que á la poesía concierne, el poeta crea y el literato clasifica y metodiza.

III

En último análisis, el verso viene á caer bajo la definitiva jurisdicción del acento, y al estudio del acento debe consagrarse principalmente la métrica castellana, porque ésa es condición de existencia, siendo accesorias las demás y destinadas á producir ó aumentar la gracia,

que se deleitan con ella. Nos concretaremos á determinar los casos en que esa cadencia es cierta, esto es, los casos en que hay verso. Y entraremos así, de lleno, en el verdadero campo de las innovaciones.

Con innovaciones incesantes se ha formado el tesoro de nuestra métrica. Después de los baluceos del *mes'or de ioglaría* y de los informes alejandrinos de Per Abbat, pareció labor de maestro rimar por *sillauas cuntadas*, en las que la acentuación es casi regular y no ingrata al oído. Innovan el arcipreste Juan Ruiz y los poetas que le siguen en el siglo XIV y preparan en el siguiente la abundante cosecha que nos han dejado el judío Baena y los demás recopiladores; innovaciones árabes y provenzales hicieron posibles ciertas joyas poéticas del siglo XV, y el caudal fue ya en la primera mitad del XVI bastante rico para que se armaran en su defensa los Villegas y los Castillejos contra extranjeras importaciones.

Innovan los *petrarquistas*, los poetas de la edad de oro y hasta los del infecundo siglo XVIII, y, por fin, los románticos ganan la batalla del ritmo en las más formidables de las revoluciones literarias.

El verso y la estrofa se han mantenido como los dejaron Espronceda, el duque de Rivas, Gertrudis Gómez, Hartzembusch y sobre todo Zorrilla, el más insigne versificador que haya producido España.

Examinemos los diferentes versos, ensayando su reducción posible á pies métricos.

El *disílabo*. Es un trocaico; pero puede estar formado por una sola sílaba y entonces no tiene denominación clásica posible, porque, en realidad, el verso castellano termina en el

(1) Su autor es el señor don Eduardo Benot, quien ha propuesto una versificación constituida exclusivamente por los cinco pies métricos de que hemos hablado. Explica y defiende su proyecto con talento y ciencia vastísimos.

último acento, razón por la cual es indiferente que después de él haya una sílaba ó dos ó ninguna; su cadencia es siempre perfecta; de manera que una sílaba acentuada, al final de un verso, lo mismo puede llenar las funciones de un troqueo que las de un dácilo, bien entendido que no nos referimos á las prosodias griega y latina sino á la castellana,

Todos los versos de sílabas pares—tetrasílabo, exasílabo, octosílabo, etc. pueden ser trocaicos puros; pero no deben necesariamente serlo; es decir, no necesitan tener acentuadas todas las sílabas impares. Basta con que lo esté la penúltima sílaba, cuando se trata de versos de arte menor; la tercera, la sexta y la novena cuando se trata de decasílabos anapésticos, etc. etc.

El *trisílabo*. Es un anfibráquico. Pueden serlo los versos de seis, de nueve, de doce y de un número indefinido de sílabas, pues no hay limitación con el sistema de los pies métricos iguales, ya que todos los versos son susceptibles de reducirse á la unidad ó prolongarse sin más términos que la fatiga del oído y las necesidades de la rima.

Felizmente, es posible componer exasílabos que solo exijan un acento, eneasílabos armoniosísimos acentuados en la cuarta ó en la tercera y dodecasílabos formados por hemistiquios iguales o diferentes.

El *tetrasílabo*. Es un anapéstico ó un trocaico (dos troqueos.)

El *pentasílabo*. Está compuesto de un dácilo y un troqueo, ó de dos yambos, ó de un anfibráquico y un troqueo, etc.

El *exasílabo*. Está compuesto de tres troqueos, ó de dos anfibráquicos, ó de un anapesto y un anfibráquico, etc.

El *heptasílabo*. Tres yambos, ó dos anapestos, ó un dácilo y un anapesto, etc.

El *octosílabo*. Cuatro troqueos, ó tres dácilos y un troqueo, ó un anapesto y dos yambos, etc.

Pero los versos de menos de nueve sílabas no requieren otro acento que el común á todos: el de la penúltima; los demás, como se sabe, son potestativos, de manera que ninguno de ellos está necesariamente compuesto de pies métricos, digan lo que quieran tratadistas insignes á quienes obsede el sistema. Puesto que los acentos accesorios, que suelen aumentar la armonía, no son indispensables, si se quisiera á todo trance dividir estos versos por pie, habría que aceptar los *pirriquios* (dos sílabas inacentuadas) y los *iribacos* (tres sílabas inacentuadas.)

Estúdiense estos cuatro exasílabos:

Y oían alegres—Tirsis de Versalles—las declaraciones—de sus caballeros.

El primero está formado por dos anfibráquicos y ese ritmo inicial—acento en la segunda y en la quinta—no vuelve á aparecer; el segundo verso tiene acento en la primera y quinta, el tercero y cuarto solo en la quinta. Con tales variantes el poeta ha producido una música nueva, en que el ritmo de la serie solo existe por el último acento y el número de sílabas de cada verso. Los cuatro exasílabos aparecen en el poema como dos dodecasílabos, y resulta así que solo un hemistiquio es anfibráquico puro, estando compuesto el segundo por un dácilo y un anfibráquico. En los otros dos, salvo mediante una prosodia destructora, es preciso reconocer que hay cuatro sílabas inacentuadas seguidas.

Formando un verso con la combinación de dos ó tres de éstos, que pasarían á ser partes de un conjunto y desconociendo la necesidad de mantener el ritmo inicial, puede obtenerse períodos musicales, que aisladamente ó mezclados con otros de ritmo puro, sean agradables al oído; he ahí uno de los principios en que se basan las innovaciones.

Mece la encima y el sauce quejumbroso viento

Como este verso comienza con tres anfibráquicos, el oído se acostumbra en él al ritmo de una sílaba acentuada seguida de dos sin acento: pero se encuentra de pronto con tres inacentuadas, porque no es un verso anfibráquico puro, como parecía. La rutina, el hábito, lo llevan á

exigir el acento de la undécima sílaba, y, como no se le encuentra, se declara que el verso está mal acentuado. No es verdad, porque las dos últimas palabras forman un exasílabo perfecto y no hay ley que obligue á seguir el ritmo inicial.

Obsérvese que suprimido el tercer anfibráquico, los dos exasílabos que quedan son armoniosos.

*Mece la encima
Quejumbroso viento.*

Más notable es el efecto cuando el verso, así combinado, aparece entre dos constituidos por pies métricos puros. ¿Pero el período musical resulta grato ó desapacible? Porque no basta probar que no se ha infringido una regla: es necesario además, que el resultado sea satisfactorio. Y lo es, según nuestra impresión, porque el ritmo regular no constituye una necesidad dentro de cada verso.

RICARDO JAIMES FREYRE.

(Continuará)

NOTAS

Buena oportunidad

De la famosa y bien conocida fábrica Alexandre Pere & Fils, de París, han recibido los señores Agentes en Panamá, Endara y Cía., una nueva remesa de pianos fabricados con esmero especial para los países tropicales.

Hablando hace algunas noches en el Club Internacional con persona apta sobre la materia y con respecto á los pianos de que tratamos, nos decía:

Yo los considero los mejores que hasta ahora han venido á Panamá. Son bonitos, con fuerte tela metálica en el respaldo para librarlos de la polilla, con apagadores automáticos que no se pueden endurecer y además con un mecanismo especial en los pedales que evita la entrada á los roedores.

Rica madera de palisandro sirve para la casa y bien sabemos que este material ni se crece, nise astilla ni es frágil.

De la belleza artística de los pianos da una buena idea el fotografiado que publicamos.

Es nuestro mejor deseo que sea aprovechada por nuestros lectores la oportunidad que se les presenta de adquirir por solo 400 pesos un instrumento completo, admirable y magnífico.

Agradecidos

En atenta esquelona nos participa nuestro amigo don Mariano Sosa, 2º Capitán de la Policía Nacional, su enlace con la bella y virtuosa señorita Carlota López, verificado en Aguadulce el día diez y nueve del mes en curso.

Agradecemos la fina atención y deseamos al nuevo matrimonio toda clase de felicidades.

Episodios venezolanos: Los orientales

Un originalísimo prosador, Pedro Sonderegger, nos decía, entre sonrisa y sonrisa, teniendo en la mano el libro del señor Tosta García:

“El título de esta obra hace pensar en veteranos ensordecidos por el tronar de los cañones, en lanceros formidables fantásticamente heroicos, y en llanuras verdes infinitas salpicadas de flores extrañas y bellas; pero la obra misma revela que su autor sufre de mediocridad, que es una enfermedad sagrada, porque hace felices á los hombres. Se necesita tener todo el valor de Páez para publicar una novela romántica y trivial, como *Los orientales*, en estos tiempos, en que sólo la novela psicológica, sabia y delicadamente escrita, que tiene todas las pálidas brillantes de una joya que se labra para adornar el seno de una amable duquesa, logra satisfacer el gusto demasiado refinado de “los pocos que saben leer.”

Hacemos nuestras las palabras del amigo Sonderegger.

Raza que muere

De Buenos Aires, y con atenta dedicatoria, nos envía el gran poeta Eugenio Díaz Romero su poema dramático *Raza que muere*, del que ofrecemos ocuparnos en el próximo número.

Pof ahora nos concretamos á agradecerle el envío.

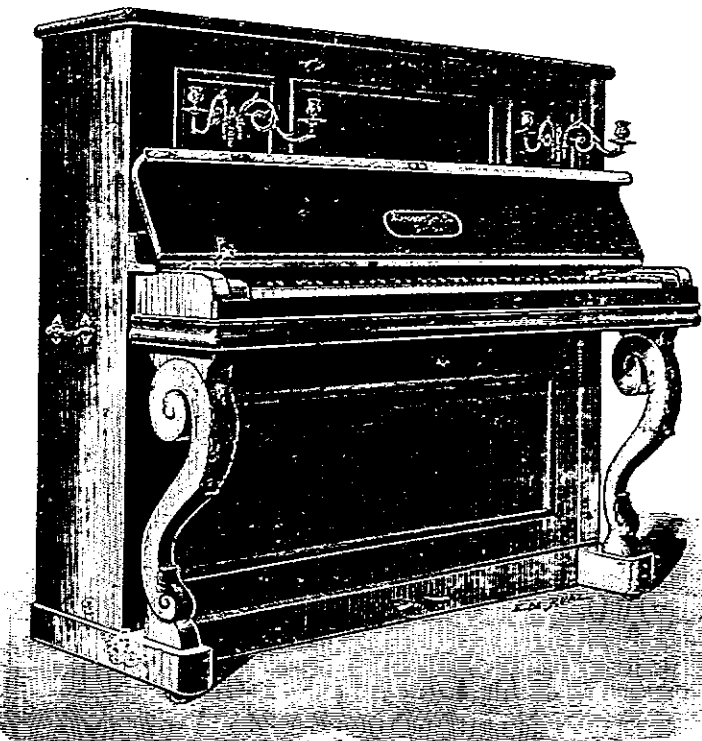
Mis pájaros marinos

En los tonos blanquecinos
De la tarde misteriosa
Se vislumbran sus siluetas torvas, regias, imperiales,
Que parecen signos negros, cuestionantes y fatales
Estampados en los cielos por la mano poderosa
De ignorados adivinos.

Reconócelos, Adriana! Son mis pájaros marinos,
Son mis cantos amorosos, son mis locos madrigales...
Van volando á tu ventana, van volando lentamente,
A poner un beso rojo en la pulpa floreciente,
Pulpa tímica y gloriosa, de tus labios venusinos.

Son mis pájaros marinos,
Que bañándose en las nubes coloridas de topacio,
Van volando á tu ventana, van volando á tu palacio...
Buena Adriana pon tus manos en sus crestas marziales,
Que el contacto de tus dedos frágiles y finos,
Tornarálos más hermosos,
Tornarálos inmortales...
¡Oh, mis cantos amorosos!
¡Oh, mis locos madrigales!
¡Oh, mis pájaros marinos!

PEDRO SONDEREGGER.



Alba Lírica

Con este título—que lo dice todo—ha publicado el joven caraqueño Luís Correa un menudo tomo de versos que prologa con su prosa más ingenua Jesús Semprum, haciendo una presentación tímida del joven intelectual á quien no vacilamos en reconocer dotes artísticas y fibra poética en gestación.

El tomito—la primera vanidad de autor seguramente—contiene quince composiciones, algunas de ellas apreciables. Faltan si, en ese trabajo de detalle, la nota sonora, el verso magno, pero sería demasiado exigir en las primicias de un adolescente.

Correa debe continuar estudiando, escribiendo, trabajando, con fé y afán, si quiere que el Alba se torne en Mediodía radiante. En Arte, muy al contrario de lo que sucede generalmente en la vida, el primer paso es el más fácil, pues luego cada día exige un avance hacia la altura por caminos cuyas dificultades van en progresión siempre. Y los débiles se cansan y los ineptos quedan perdidos en las revueltas y vericuetos. Procure, pues, el nuevo porta-lira no cansarse ni perderse bajo el manto compasivo del olvido.

Buen Gusto

Belardino Ponce, en su deseo de ofrecer siempre novedades á sus favorecedores, ha traído una gran cantidad de preciosas estatuas de terracotta, alhajas exquisitas y de valor y objetos artísticos del mejor gusto, que exhibe en la hermosa vidriera de su acreditada joyería, la cual presenta, durante la noche sobretodo, un golpe de vista atractivo y seductor.

Aconsejamos á los amigos de las cosas buenas que hagan una visita al establecimiento del amigo Ponce, en la seguridad de que podrán satisfacer el más caprichoso deseo artístico.